1995 1372-1

HOMENAJE A BERNARDO LEIGHTON

ANDRES AYLWIN AZOCAR

Difícil desafío es para un hombre procurar dar testimonio de los valores del evangelio en la vida política. Hermoso es que al final de su existencia la generalidad de sus compatriotas lo señalan como un ejemplo de virtudes; que muchos incluso lo hayan calificado como un verdadero santo laico y que el máximo representante de la Iglesia Católica lo haya identificado como "un hombre que no tenía espacio para el odio en su corazón" y un "servidor de Dios entre los pobres y apóstol de la justicia social".

Talvés por eso, esta sesión en que se recuerda a Bernardo Leighton, tenemos la convicción que no es sólo el homenaje a un hombre de excepción, es además la exaltación, a través de una persona, de lo que debe ser, ayer, hoy y siempre, el estilo moral para afrontar el desempeño de las funciones públicas.

Sabemos que Bernardo Leighton fue abogado, profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, varias veces integrante de esta Cámara, Presidente de la Falange Nacional y del Partido Demócrata Cristiano, Ministro de Estado, cuatro veces Vice Presidente de la República, dió brillo y prestancia a todos los cargos que desempeñó.

Bernardo Leighton tuvo una notable inteligencia, una extraordinaria visión política y una oratoria

brillante, lo que no fue obstáculo para su impresionante modestia, sencillez y humanidad.

Con esas características de su personalidad le tocó ser actor y guía moral de millares de chilenos en diversas encrucijadas o momentos difíciles para su patria, siendo portador de luz en tiempos de obscuridad y de paz en tiempos de odio.

La primera aparición pública de Bernardo Leighton se produjo cuando el era todavía estudiante, donde actuando como Presidente del Centro de Derecho de la Universidad Católica se destacó como uno de los máximos líderes de la resistencia contra las arbitrariedades, atropellos y abusos cometidos por el régimen autoritario existente en 1931. Fue en esos tiempos cuando, con oratoria brillante que llegaba al corazón de la gente, se le escuchó expresar en el salón de honor de la Universidad de Chile: "se ha declarado una guerra sin cuartel contra la dictadura y como no tenemos armas, todos debemos declararnos en huelga".

Esta actuación de Bernardo Leighton es revelatoria de algo que constituye parte medular de toda su vida política: su compromiso permanente con la libertad y su lucha intransable contra todo tipo de opresión o dictadura sin que jamás aceptara para justificarlas razones pragmáticas, como intereses de clases o seguridad del Estado, que siempre implican una subordinación de los medios a fines hipotéticos, ignorando que los medios para conquistar un ideal político inexorablemente definen las soluciones ofrecidas.

Pues bien, recuperada en 1932 la democracia vendrían tiempos de profunda inestabilidad y uno de los hechos más difíciles de afrontar por el gobierno provisorio fué la sublevación de la Armada. Es en estas circunstancias que el país deberá recurrir a las personas que más estatura moral habían adquirido en la lucha por recuperar la democracia. Es justamente en ese contexto que vemos a Bernardo Leighton -cuando recien tenía 22 años- parlamentando con los dirigentes máximos de dicha sublevación en un barco controlado por los insurgentes fondeados en el Puerto de Coquimbo. En esas circunstancias, con voz firme y condenando claramente la violencia pero dialogando con humanidad, Bernardo Leighton demostraba ya su extraordinaria capacidad para crear confianza aun en las circunstancias más difíciles y, lo que es más importante, -ello sin sacrificar en nada la afirmación de los principios y valores en que se debe sustentar una institucionalidad democrática. Bernardo Leighton tuvo siempre el respeto a que se hace acreedores los hombres consecuentes, que irradian autenticidad- y hablan de corazón.

Indudablemente el compromiso con la justicia social, con los más pobres y con los trabajadores constituye otra constante en la vida de Bernardo Leighton. Ya muy joven, frente a un régimen socio económico que condenaba a las mayorías a la marginación y al sufrimiento, expresaría: "nuestra obligación es defender siempre a los humildes" y agregaba "es de justicia que suban los salarios del obrero para que alcance para el alimento, la leche, el vestido y la educación de la familia pues los trabajadores

no sólo son cuerpos que se nutren y que mueren sino almas llamadas a vivir eternamente".

Es justamente ese compromiso con los seres más sufrientes de la sociedad y su dolor profundo frente a una cierta marginación de los cristianos ante el escándalo de la pobreza y las diferencias entre ricos y marginados, lo que llevó a Bernardo Leighton, junto a un grupo selecto de jóvenes de su tiempo, a visualizar un movimiento que inspirado en los valores del Evangelio procurara contribuir a establecer un orden nuevo donde la justicia se conciliara con la libertad y el progreso con la vigencia de valores éticos irrenunciables. Para esos jóvenes la fraternidad y la solidaridad vividas dentro del movimiento y derramadas generosamente en su entorno era una exigencia elemental de necesario testimonio personal para poder anunciar un mundo nuevo más humano y fraterno. Tal vez en esta exigencia testimonial podamos encontrar rasgos sobresalientes de la personalidad de Bernardo Leighton: modesto, desprendido, capaz de renunciar a los bienes que constituían la herencia de su padre en favor de quienes habían contribuido a formarla o mantenerla. En este aspecto podemos destacar también la forma sencilla de vivir de Bernardo y Anita que se expresó, entre otros aspectos, en que nunca habitaron una casa que no fuera Ley Pereira o D.F.L. 2, casa siempre abierta a todo ser humano que buscara amistad o diálogo.

Tal vez son pequeños detalles de la vida de un político cuyo mensaje profundo emana no tanto de las palabras dichas o escritas sino de una forma de vivir y actuar de la cual surgía un mandato moral que conquistaba

almas y movilizaba juventudes anhelosas de un mensaje superior.

Su compromiso con la justicia y los trabajadores lo llevó a ser Ministro del Trabajo en el gobierno de don Arturo Alessandri Palma cuando recién tenía 27 años. Su labor allí fue brillante dejando el cargo a raíz de un abusivo atentado a la libertad de expresión por parte del gobierno. Al renunciar, fue un oponente suyo quien dijo: "como moderno estadista se acercó a los hombres de trabajo y el país tuvo fe en él. Deja el poder por ser leal a sus principios. El país está cansado de las palabras que no se sienten, Bernardo Leighton es la antítesis de ese mal; ha abierto un surco y depositado una semilla".

Bernardo Leighton expresó una vez en el seno de su partido: "nos sirve de orientación el Legado Evangélico según el cual el maestro enseñó las buenaventuranzas del espíritu, mientras hacia el milagro de multiplicar los panes y los peces destinados a satisfacer a las multitudes y según el cual, además, el amor al prójimo no distingue entre amigos y enemigos". Es tal vez esta frase suya una verdadera síntesis de su pensamiento y personalidad: guiado siempre por valores éticos, espirituales, trascendentes y a su vez preocupado por las necesidades y dolores concretos de los hombres. Junto con ello, amando al prójimo sin distinguir entre amigos y adversarios.

Es este último un aspecto particularmente definitorio de su personalidad. Sólido en sus convicciones, respetó siempre a sus oponentes políticos. Repudió ideas o

acciones concretas pero jamás ofendió a nadie. Le interesó el cumplimiento de ciertos objetivos de bienestar general al margen de los hombres o partidos que los contribuyeran a realizar. Fue realmente un amigo de todos. Tal vez por ello, pudo contar con la amistad y simpatía casi generalizada, incluyendo en ella a presidentes de la República de ideas y temperamentos tan diferentes como Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, Arturo Alessandri, Salvador Allende y Eduardo Frei Montalva. Por su transparencia y su bondad infinita fue capaz de romper los prejuicios y barreras más increíbles. Por eso, se le consideró "el Hermano"; hermano de sus camaradas; hermano de sus contendores políticos; hermano de todos los que sufrían ausencia de pan o libertad; hermano de los seres anónimos a los cuales no llegó jamás a través del marketing o la publicidad millonaria sino por el gesto moral o por el eterno caminar por las calles esparciendo siempre bondad, sabiduría y esperanza. Por eso Bernardo Leighton dignificó la política.

Es con ese estilo y forma de actuar que Bernardo Leighton estuvo presente durante más de cincuenta años de la vida política chilena. Al respecto, dirá Ricardo Boizard: "pocas veces se había visto un caso de tanta identificación de un hombre con un ideal. Bernardo Leighton es yunque, fuego, llama o escoria en el proceso de la democracia chilena". Agregando: "tiene infinita fe en el diálogo y en la bondad humana".

Bernardo Leighton fue un hombre de paz. Luchó por la paz entre los hombres y también por la paz entre los

1372-7

pueblos. Por eso, cuando se anidaron falsos patrioterismos en otras naciones expresó con fuerza y pasión, trasmitiendo un mandato moral hoy plenamente vigente: "seríamos mil veces traidores si los arrestos guerreros de otros pueblos nos indujeran a despertar pasiones agresivas en el nuestro en circunstancias que las lecciones de la historia nos enseñan que las naciones se engrandecen mucho más por la paz que por la guerra, mucho más por el derecho que por la fuerza, infinitamente más por el trabajo abnegado de sus hijos que por la sangre y las lágrimas" de seres humanos". Así hablaba un gran político.

Cuando en 1972 y 1973 la pasión política se desató en nuestra patria hasta límites increíbles, soy testigo de que en esta Cámara de Diputados ya prácticamente nadie se escuchaba. Sin embargo cuando muy excepcionalmente, hablaba Bernardo Leighton se producía un silencio impresionante. Su palabra llamaba a la racionalidad, invocaba nuestra larga trayectoria democrática, anunciaba grandes dolores para nuestro pueblo si se imponía el predominio de la fuerza y, por ello, por imperativo moral, era el más ardiente partidario de promover diálogos y buscar acuerdos racionales que evitaran muertes y sufrimiento de seres humanos y el fin de una larga trayectoria democrática en nuestro país.

Para entender la actuación de Bernardo Leighton en ese tiempo hay que tener en cuenta que su vida constituye una impresionante afirmación de la belleza de la libertad y de la incompatibilidad de la vida humana con la opresión y la dictadura. Por ello ya había dicho mucho

antes que la democracia es el mejor instrumento para gobernar a los pueblos con dignidad, agregando: "no se puede pensar en una patria que no sea democrática pues otra patria tiraniza, otra patria mata, otra patria encarcela, en síntesis, otra patria no es verdaderamente patria". Y, por eso, ante cualquier debilidad frente a la posibilidad de un quebrantamiento institucional también había expresado: "en el comienzo de todo período de ruinas materiales, como son las dictaduras, existe siempre antes una claudicación espiritual".

Hoy, cuando lo recordamos en esta Cámara podemos decir, con gratitud y emoción, que Bernardo Leighton no claudicó jamás ante ninguna dictadura y nunca justificó, en ninguna parte del mundo, bajo pretexto alguno, cualquiera violación a los derechos fundamentales del hombre.

Todos sabemos que sus notables esfuerzos, junto al de otras personas, para evitar un golpe militar desgraciadamente fracasaron. Sin embargo, al día siguiente de tan doloroso fracaso, fue Bernardo Leighton quien interpuso el primer recurso de amparo, en favor de Carlos Briones, Ministro del Interior del gobierno depuesto. A su vez, definiría claramente su posición frente al régimen dictatorial diciendo: "siempre creí que el país se detendría al borde del abismo. No sucedió así. Caímos en el, pero gracias a Dios estamos vivos y debemos luchar; en los obscuros tiempos que comenzamos a vivir; los políticos demócratas no tenemos otro camino que resistir y combatir la dictadura instaurada en nuestro país, con la palabra, con la pluma y, exceptuando el recurso de la violencia, con

todos los medios que se encuentren moralmente a nuestro alcance". Agregando: "en el lugar que se nos ha colocado, excluido de todo, sin apelación ni plazo, lo único posible es luchar hasta formar conciencia de que Chile no tiene razón alguna para permanecer amedrentado y enmudecido, contrariando su alma y su historia".

Bernardo Leighton había dicho, mucho antes, que "la libertad era como el aire" y, por ello, privado de libertad en su patria, partió transitoriamente al extranjero. A los pocos meses, el gobierno autoritario le prohibió su regreso a Chile. Dirá entonces: "es una medida arbitraria pues yo no he hecho otra cosa que servir en conciencia los intereses de mi pueblo a través de los 44 años de mi vida política. No es el pueblo de Chile el que me cierra las puertas. El General Pinochet y los jefes uniformados que lo acompañan no se confunden con Chile". Así fue Bernardo Leighton, lúcido en el pensar, coherente en el actuar, sin odios pero con un impresionante coraje moral.

Vendrá después el atentado en su contra. Ese crimen fraguado desde Chile que le arrebató 10 años de su existencia y que a Anita le ha significado tanto dolor permanente. Ese crimen que solía calificar de accidente. Pues bien, al poder ya nuevamente expresarse, escribe a los millares de personas que le habían expresado emosionante solidaridad en el mundo entero: "la actitud de ustedes nos ha hecho conocer y amar de nuevo el fondo de la vida humana por encima del riesgo de la nuestra". Y agrega: "esta nobleza nos demuestra la voluntad de todos de retornar a la

justicia, a la libertad, a la paz, sin violencia, especialmente al interior de nuestra patria, nuestra patria del alma".

En lo personal, Bernardo Leighton es el amigo que más ha influido en mi vida, debiendo dejar constancia que su existencia es inseparable a la de Anita Fresno por su amor ejemplar, su sabiduría y su apoyo de siempre hasta compartir los momentos de máxima crueldad.

Por último, cabe preguntarse ¿qué vigencia tiene hoy Bernardo Leighton y su estilo moral de hacer política?. Ya a principios de 1973, los pragmáticos y encuestadores anunciaban su fracaso como candidato a Diputado por Santiago. Sin embargo, con medios económicos excepcionalmente pobres, sin propaganda casi, -lo que constituyó otro rasgo de su personalidad- llegó a esta Cámara con una impresionante primera mayoría. El pueblo reconocía así al político honesto, consecuente, que luchaba por principios y valores aun en contra de sus aparentes intereses electorales.

Después trataron de asesinarlo físicamente. Pero su lucha y su ejemplo siguieron más vivos que nunca.

Por lo demás, la plena vigencia de Bernardo Leighton ha quedado demostrada claramente en estos días, en el momento de su muerte, cuando se han alzado las más diversas voces para rendirle homenaje emosionado y ha habido lágrimas en el hogar de las multitudes anónimas, aquellas que ubican al hermano y al guía moral al margen del marketing y del poder.

Por eso Bernardo Leighton sigue vigente pues con su vida demostró que no es la política la que está ausente en el corazón de las masas sino una forma de hacerla donde el poder por el poder desplaza a la lucha consecuente por grandes ideales y valores. Esta forma heroica de luchar por ideales la simboliza ejemplarmente Bernardo Leighton.

Por ello, en nombre de los diputados D.C. damos gracias emocionadas al querido amigo Bernardo, al hermano, al camarada de tantas luchas pues él siempre - y especialmente en tiempos de obscuridad- nos señaló el camino de la justicia y la libertad, de la paz y la esperanza, de la consecuencia y la hermandad. Y, le damos gracias, especialmente, porque ese camino nos lo señaló no sólo con sus palabras iluminadoras sino especialmente con su ejemplo de cada mañana y de cada atardecer.

Porque no lo dudamos, Bernardo Leighton es el tipo de políticos que por su coherencia entre el ser y el actuar conquistan el alma de las masas y, por lo mismo, mantienen la esperanza de los pueblos.